

LA MARAVILLOSA VIDA BREVE DE OSCAR WAO

Junot Díaz

Dicen que primero vino de África, en los gritos de los esclavos; que fue la perdición de los taínos, apenas un susurro mientras un mundo se extinguía y otro despuntaba; que fue un demonio que irrumpió en la Creación a través del portal de pesadillas que se abrió en las Antillas. Fukú americanus, mejor conocido como fukú –en términos generales, una maldición o condena de algún tipo: en particular, la Maldición y Condena del Nuevo Mundo. También denominado el fukú del Almirante, porque El Almirante fue su partero principal y una de sus principales víctimas europeas. A pesar de haber «descubierto» el Nuevo Mundo, El Almirante murió desgraciado y sifilítico, oyendo (dique) voces divinas. En Santo Domingo, la Tierra Que Él Más Amó (la que Óscar, al final, llamaría el Punto Cero del Nuevo Mundo), el propio nombre del Almirante ha llegado a ser sinónimo de las dos clases de fukú, pequeño y grande. Pronunciar su nombre en voz alta u oírlo es invitar a la calamidad, a que caiga sobre la cabeza de uno o uno de los suyos.

Cualquiera que sea su nombre o procedencia, se cree que fue la llegada de los europeos a La Española lo que desencadenó el fukú en el mundo, y desde ese momento todo se ha vuelto una tremenda cagada. Puede que Santo Domingo sea el Kilómetro Cero del fukú, su puerto de entrada, pero todos nosotros somos sus hijos, nos demos cuenta o no.

Pero el fukú no es solo historia antigua, un cuento de fantasmas del pasado sin fuerzas para asustar. En la época de mis padres, el fukú era algo tan encojonadamente verdadero que cualquiera podía creer en él. Todo el mundo sabía de alguien a quien el fukú se había tragado, igual que todo el mundo conocía a alguien que trabajaba en el Palacio. Estaba en el aire, cabría decir, aunque, como todas las cosas más importantes en la isla, en realidad nadie tocaba el tema. Pero en aquellos días de antaño, el fukú la pasaba bien; incluso tenía lo que se podría llamar un promotor, un sumo sacerdote. Nuestro Dictador de Una Vez y Para Siempre, Rafael Leónidas Trujillo Molina.¹ Nadie sabe si Trujillo era subordinado o amo de la

1. Para aquellos a los que les faltan los dos segundos obligatorios de historia dominicana: Trujillo, uno de los dictadores más infames del siglo xx, gobernó la República Dominicana entre 1930 y 1961 con una brutalidad despiadada e implacable. Mulato con ojos de cerdo, sádico, corpulento: se blanqueaba la piel, llevaba zapatos de plataforma, y le encantaban los sombreros al estilo de Napoleón. Trujillo (conocido también como El Jefe, El Cuatrero Fracasado y Fuckface) llegó a controlar casi todos los aspectos de la política, la vida cultural, social, y económica de la RD mediante una mezcla potente (y muy conocida) de violencia, intimidación, masacre, violación, asimilación, y terror; así llegó a disponer del país como si fuera una colonia y él su amo. A primera vista, parecía el prototipo del caudillo

latinoamericano, pero sus poderes eran tan fatales que pocos historiadores o escritores los han percibido, y me atrevo a decir que ni siquiera han imaginado. Era nuestro Sauron, nuestro Arawn, nuestro propio Darkseid, nuestro dictador para siempre, un personaje tan extraño, tan estafalario, tan perverso, tan terrible que ni siquiera un escritor de ciencia ficción habría podido inventarlo. Famoso por haber cambiado todos los nombres a todos los sitios históricos de la República Dominicana para honrarse a sí mismo (el Pico Duarte se convirtió en Pico Trujillo, y Santo Domingo de Guzmán, la primera y más antigua ciudad del Nuevo Mundo, se convirtió en Ciudad Trujillo); por monopolizar con descaro todo el patrimonio nacional (convirtiéndose de repente en uno de los hombres más ricos del planeta); por armar uno de los mayores ejércitos del hemisferio (por amor de Dios, el tipo tenía bombarderos); por echarse a cada mujer atractiva que le diera la gana, incluso las esposas de sus subalternos, millares y millares y millares de mujeres; por tener la expectativa –¡no, por insistir!– en la veneración absoluta de su pueblo (significativamente, la consigna nacional era «Dios y Trujillo»); por dirigir el país como si fuera un campo de entrenamiento de la Marina norteamericana; por quitar a amigos y aliados de sus puestos y arrebatárselos sin razón alguna; y por sus capacidades casi sobrenaturales.

Entre sus logros excepcionales se cuentan: el genocidio en 1937 de los haitianos y la comunidad haitiano-dominicana; mantener una de las dictaduras más largas y dañinas del Hemisferio Occidental con el apoyo de Estados

Maldición, pero estaba claro que entre ellos había un acuerdo, que eran panas. Incluso entre la gente educada se creía que cualquiera que conspirara contra Trujillo incurriría en uno de los fukús más poderosos durante siete generaciones y quizá más. Solo con que se le ocurriera pensar algo malo sobre Trujillo, ¡fuá!, un huracán barría a su familia hacia el mar, ¡fuá!, un canto rodado le caía del cielo azul y lo aplastaba, ¡fuá!, el camarón que comió hoy se convertía en el cólico que lo mataba mañana. Eso explica por qué todo el que intentó asesinarlo siempre acabó muerto, por qué esos tipos que por fin lo lograron pagaron con muertes espantosas. ¿Y qué decir de ese cabrón de Kennedy? Fue él quien dio luz verde para el asesinato de Trujillo en 1961 y pidió que la CIA llevara armas a la isla. Mala movida, capitán. Lo que a los expertos de inteligencia se les pasó decirle a Kennedy fue algo que todo dominicano, desde el jabao más rico de Mao hasta al más pobre güey en El Buey, del francamacoritano más viejo al carajito en San Francisco, sabía: quien matara a Trujillo –y también su familia– sufriría un fukú tan terrible que, en comparación, haría parecer un jojote el que le cayó al Almirante. ¿Quieren una respuesta final a la pregunta de la Comisión Warren sobre quién mató a JFK? Dejen que yo, su humilde Observador, les revele de una vez y por todas la Sagrada y Única Verdad: no fue la mafia, ni LBJ, ni el fantasma de la fokin Marilyn Monroe. Ni extraterrestres, la KGB o algún pistolero solitario. No fueron los hermanos Hunt de Texas, ni Lee Harvey, ni la Comisión Trilateral. Fue Trujillo; fue el fukú. ¿De dónde coño piensan que viene la supuesta Maldición de los Kennedy?

Unidos (y si hay algo en que los latinos somos expertos es en tolerar dictadores respaldados

por Estados Unidos, así que no hay duda que esta fue una victoria ganada con el sudor de la frente, y de la que los chilenos y los argentinos todavía se quejan); la creación de la primera cleptocracia moderna (Trujillo fue Mobutu antes de que Mobutu fuera Mobutu); el soborno sistemático de senadores estadounidenses; y, por último, la unión de los dominicanos en una nación moderna (hizo lo que no pudieron hacer los entrenadores de las fuerzas militares americanas durante la ocupación).

¿Y Vietnam? ¿Por qué creen que el país más poderoso del mundo perdió su primera guerra contra un país tercermundista como Vietnam? Por Dios, mi gente, por Dios. Quizá resulte interesante el hecho de que mientras Estados Unidos se involucraba más en Vietnam, LBJ pusiera en marcha la invasión ilegal a la República Dominicana (el 24 de mayo de 1965). (Santo Domingo fue Irak antes de que Irak fuera Irak.) Resultó ser un éxito militar aplastante para Estados Unidos, y muchas de las mismas unidades y equipos de inteligencia que participaron en la «democratización» de Santo Domingo fueron enviados de inmediato a Saigón. ¿Y qué crees tú que llevaban esos soldados, técnicos y espías con ellos, en sus mochilas, en las maletas, en los bolsillos de las camisas, en los pelitos de la nariz, en el barro de las suelas de sus zapatos? Apenas un regalito de mi pueblo, una pequeña revancha por una guerra injusta. Fue así, mi gente. Fukú.²

Por eso es importante recordar que el fukú no siempre cae como un relámpago. Algunas veces gotea, paciente, ahogándolo a uno poco a poco, como fue el caso del Almirante, o de Estados Unidos en los arrozales de las afueras de Saigón. A veces es rápido, a veces lento. Y por eso es fatal, porque es difícilísimo de fichar, de prepararse uno para el encuentro. Pero se puede estar seguro de una cosa: como el Efecto Omega de Darkseid, o la ruina de Morgoth,³ no importa cuántos giros

2. Esta noticia es para los paranoicos: la noche que John Kennedy, Jr., Carolyn Bessette y su hermana, Lauren, desaparecieron en el Piper Sara-toga (fukú), la criada favorita de su padre, una dominicana llamada Providencia Parédes, estaba en Martha's Vineyard cocinándole a John-John su plato preferido: chicharrón de pollo. Pero el fukú siempre come primero, y come solo.

3. «Soy el rey más Antiguo: Melkor, el primero y el más poderoso de todo Valar, que estaba antes del mundo y quien lo hizo. La sombra de mi propósito está sobre Arda, y Todo lo que está en él se dobliga lenta y seguramente a mi voluntad. Pero sobre todo lo que ames mi pensamiento pesará como una nube de la Condena, y lo llevará hacia la oscuridad y la desesperación. Dondequiera que vayan, el mal se levantará. Siempre que hablen, sus palabras traerán mal consejo. Todo lo que hagan les irá contra ellos. Morirán sin esperanza, maldiciendo la vida y la muerte».

Que yo crea o no en lo que muchos han llamado The Great American Doom –La Gran

Perdición Americana— no viene al caso. Si viven tanto tiempo como yo en el corazón de la tierra del fukú, oyen estos cuentos constantemente. Todo el mundo en Santo Domingo tiene en su familia una historia sobre el fukú. Tengo un tío en el Cibao, padre de una docena de hijas, que creía que una ex amante lo había maldecido para que no pudiera tener varones. Fukú. Tengo una tía que creía que la felicidad le había dado la espalda porque se había reído de una rival en su funeral. Fukú. Mi abuelo paterno está convencido de que la diáspora es la venganza de Trujillo por la traición de su pueblo. Fukú.

Y está bien si ustedes no creen en estas «supersticiones». Perfecto. Mejor que perfecto. Porque crean lo que crean, el fukú cree en ustedes.

Hace un par de semanas, mientras terminaba este libro, puse un mensaje sobre el fukú en la red, en el foro público DRI, solo por curiosidad. Hoy en día ando medio nerd. La respuesta fue una fokin avalancha. Si supieran la cantidad de comentarios que recibí. Y siguen llegando. Y no solo de domos. Los portorros quieren hablar del fufú y los haitianos tienen una bobería muy parecida. Hay millones de cuentos del fukú. Hasta mi mamá, que casi nunca habla de Santo Domingo, ha empezado a compartir los suyos conmigo.

Por supuesto, como ya se deben haber imaginado, yo también tengo un cuento de fukú. Me gustaría decir que es el mejor de todos —el fukú número uno— pero no es así. El mío no es el más pavoroso, ni el más rotundo, ni el más doloroso, ni el más lindo.

Es sencillamente el que me tiene agarrado por el cuello.

No estoy muy seguro que a Óscar le hubiera gustado esto del «cuento de fukú»; le fascinaban la ciencia ficción y la fantasy y creía que esa era la clase de historia que todos vivíamos. Preguntaba: ¿Qué puede ser más ciencia ficción que Santo Domingo? ¿Qué más fantasy que las Antillas?

Pero ahora que sé cómo terminó todo, tengo que preguntar a mi vez: ¿Qué más fukú?

Una nota final, Toto, antes de que Kansas desaparezca: según la tradición en Santo Domingo, cuando uno oye el nombre del Almirante, aun por casualidad, o cada vez que un fukú levanta sus muchas cabezas, solo hay una manera segura de detener la maldición, de evitar que el desastre te envuelva, solo un contrahechizo seguro que te mantenga a salvo a ti y a tu familia. Y no es de sorprender que sea una palabra. Una simple palabra (generalmente seguida por un enérgico cruce de los dedos índices).

Zafa.

Era mucho más popular en los viejos tiempos, toda una sensación en Macondo aunque no necesariamente en McOndo. Claro que hay gente como mi tío Miguel en el Bronx que siguen metiéndole zafa a todo. Es old school pa eso. Si los Yankees cometen un error en las últimas entradas, ahí va el zafa; si alguien trae conchas de la playa, zafa; si le sirves parcha a un hombre, zafa. Zafa está presente las veinticuatro horas con la esperanza de que la mala suerte no tenga tiempo de imponerse. Apenas escribo estas palabras y me pregunto si este libro no es una especie de zafa: mi propio hechizo de protección.

I

1

EL NERD DEL GUETO EN EL FIN DEL MUNDO (1974-1987)

La edad de oro

Nuestro héroe no era uno de esos dominicanos de quienes todo el mundo anda hablando, no era ningún jonronero ni fly bachatero, ni un playboy con un millón de conquistas. Y salvo en una época temprana de su vida, nunca tuvo mucha suerte con las jevas (qué poco dominicano de su parte).

Entonces tenía siete años.

En esos días benditos de su juventud, Óscar, nuestro héroe, era medio Casanova. Era uno de esos niñitos enamoradizos que andan siempre tratando de besar a las niñas, de pegarseles detrás en los merengues y bombearlas con la pelvis; fue el primer negrito que aprendió «el perrito» y lo bailaba a la primera oportunidad. Dado que en esos días él (todavía) era un niño dominicano «normal», criado en una familia dominicana «típica», tanto sus parientes como los amigos de la familia le celebraban sus chulerías incipientes. Durante las fiestas – y en esos años setenta hubo muchas fiestas, antes de que Washington Heights fuera Washington Heights, antes de que el Bergenline se convirtiera en un lugar donde solo se oía español a lo largo de casi cien cuadras– algún pariente borracho inevitablemente hacía que Óscar se le encimara a alguna niña y entonces todos voceaban mientras los niños imitaban con sus caderas el movimiento hipnótico de los adultos.

Tendrías que haberlo visto, dijo su mamá con un suspiro en sus Últimos Días. Era nuestro Porfirio Rubirosa⁴ en miniatura.

El resto de los niños de su edad evitaba a las niñas como si se fueran portadoras del Captain Trips. Pero no Óscar. El pequeño amaba las hembras, tenía «novias» a montones (era un niño, digamos, macizo, con tendencia a la gordura, pero su mamá le proporcionaba buena ropa y se ocupaba de que tuviera un buen corte de pelo, y antes de que las dimensiones de su cabeza hubiesen cambiado, ya tenía esos ojos brillantes y encantadores y esas mejillas lindas, evidentes en todas las fotos). Las muchachas –las amigas de su hermana Lola, las amigas de su mamá, incluso su vecina Mari Colón, una empleada del correo treintona que se pintaba los labios de rojo y caminaba como si tuviera una campana por culo– todas supuestamente se enamoraban de él. ¡Ese muchacho está bueno! (¿Importaba acaso que fuera tan serio y que estuviera tan obviamente falto de

4. En los años cuarenta y cincuenta, Porfirio Rubirosa –o Rubi, como le decían en los diarios– era el tercer dominicano más famoso del mundo (primero estaba El Cuatrero Fallido, y luego la mismísima mujer cobra, María Montez). Hombre buen mozo, alto y elegante cuyo «enorme falo causó estragos en Europa y Norteamérica», Rubirosa era un picaflor del jet-set, que competía en carreras automovilísticas, estaba obsesionado con el polo y era la cara «feliz» del trujillato (porque, efectivamente, era uno de los subalternos más conocidos de Trujillo). Un guapísimo hombre del mundo que también había sido modelo alcanzó notoriedad cuando se casó con la hija de Trujillo, Flor de Oro, en 1932, y aunque se divorciaron cinco años después, en el Año del Genocidio Haitiano, logró estar a bien con El Jefe durante todo el largo tiempo que se mantuvo el régimen. A diferencia de su cuñado Ramfis (con quien lo asociaban con frecuencia), Rubirosa parecía incapaz de matar a nadie; en 1935 viajó a Nueva York para ejecutar la sentencia de muerte que El Jefe había dictaminado contra el líder del exilio, Ángel Morales, pero huyó antes de que la chapucería del intento pudiera llevarse a cabo. Rubi era el macho dominicano clásico, rapaba con toda clase de mujer –Barbara Hutton, Doris Duke (que resultó ser la mujer más rica del mundo), la actriz francesa Daniela Darrieux, y Zsa Zsa Gabor– por nombrar solo a algunas. Como su socio Ramfis, Porfirio también murió en un accidente automovilístico en 1965, cuando su Ferrari de doce cilindros patinó y se salió de la carretera en el Bois de Boulogne (es difícil exagerar el rol que desempeñan los carros en nuestra narrativa).

atención? ¡Para nada!). En la RD, durante las visitas de verano a su familia en Baní, se portaba de lo peor; se paraba frente a la casa de Nena Inca y les gritaba a las mujeres que pasaban (¡Tú estas buena! ¡Tú estas buena!) hasta que un Adventista del Séptimo Día le dio las quejas a su abuela y ella terminó con el desfile de éxitos de un golpe. ¡Muchacho del diablo! ¡Esto no es un cabaret!

Fue una verdadera época de oro para Óscar, que alcanzó su apoteosis en el otoño de su séptimo año, cuando tuvo dos noviecitas a la vez, su primer y único ménage à trois. Con Maritza Chacón y Olga Polanco.

Maritza era amiga de Lola. De pelo largo y pulcro y tan linda que podía haber interpretado a una joven Dejah Thoris. Por su parte, Olga no era exactamente amiga de la familia. Vivía en la casa al final de la cuadra, de la que la mamá de Óscar se quejaba constantemente porque siempre estaba repleta de puertorriqueños tomando cerveza en el portal (¿Qué pasa? ¿No pudieron haber hecho eso en Cuamo?, preguntaba malhumorada). Olga tenía como noventa primos, todos llamados Héctor o Luis o Wanda. Y como su madre era una maldita borracha (para citar textualmente a la mamá de Óscar), algunos días Olga olía a culo, por lo que los chiquillos del barrio le decían Mrs. Peabody.

A Óscar no le importaba que fuera o no fuera Mrs. Peabody, pero le gustaba lo reservada que era, cómo lo dejaba lanzarla al piso y fajarse con ella, y el interés que mostraba en sus muñecos de Star Trek. Maritza era bella y ya, no hacía falta motivación alguna, y siempre estaba presente, así que fue realmente una idea genial que se le ocurriera tratar de estar con

las dos a la vez. Al principio fingió que era su héroe número uno, Shazam, el que quería hacerlo. Pero después que ellas dijeron que sí, él dejó esa vaina. No era Shazam: era él, Óscar.

Aquellos eran días más inocentes, por lo que la relación consistía en mantenerse cerca unos de otros en la parada de la guagua, agarrarse de la mano a escondidas y darse besitos con mucha seriedad en los cachetes, primero a Maritza, después a Olga, ocultos tras unos arbustos para que no los vieran de la calle. (Mira a ese machito, decían las amigas de su mamá. ¡Qué hombre!)

El trío duró solo una maravillosa semana. Un día, a la salida de la escuela, Maritza arrinconó a Óscar detrás de los columpios y lo amenazó: ¡O ella o yo! Óscar le tomó la mano a Maritza y le habló con solemnidad y gran lujo de detalles sobre su amor por ella y le recordó que habían decidido compartir, pero a Maritza le importó un carajo. Ella tenía tres hermanas mayores y ya sabía todo lo que necesitaba sobre las posibilidades de compartir. ¡Ni me hables hasta que te libres de ella! Maritza, con su piel achocolatada y ojos achinados, ya expresaba la energía de Ogún con la que arremetería contra todo el mundo durante el resto de su vida. Óscar marchó a casa taciturno, a sus muñequitos mal dibujados de antes de la era coreana, al Herculoids y el Space Ghost. ¿Qué te pasa?, le preguntó su mamá. Se estaba preparando para ir a su segundo trabajo y el eczema que tenía en las manos las hacía parecer harina sucia. Cuando Óscar lloriqueó: Las muchachas, Mamá de León casi estalló. ¿Tú tá llorando por una muchacha? Y puso a Óscar de pie con un jalón de oreja. ¡Mami, ya!, su hermana gritó, ¡para ya!

Su mamá lo tiró al piso. Dale un galletazo, jadeó, a ver si la putica esa te respeta.

Si él hubiera sido otro tipo de varón, habría tomado en cuenta lo del galletazo. No era solo que no tuviese un modelo de padre que lo pusiese al tanto de cómo ser masculino –aunque ese también era el caso– sino que carecía de toda tendencia agresiva y marcial (a diferencia de su hermana, que siempre estaba en plena lucha con los muchachos y con un fracatán de morenas que odiaban su nariz perfilada y su pelo lacio). Óscar tenía una calificación de cero en combate; incluso Olga, con sus brazos que parecían palillos, podía haber acabado con él. Nada de agresión e intimidación. Así que tuvo que pensarlo. No es que se demorara demasiado. En fin, Ma

ritza era bella y Olga no; Olga olía a veces a pis y Maritza no. Maritza podía venir a su casa y Olga no (¿Una puertorriqueña aquí?, su madre decía con desdén. ¡Jamás!). Su lógica matemática, como la de los insectos, era de sí o no. Rompió con Olga al día siguiente en el patio, con Maritza a su lado, ¡y cómo lloró Olga! ¡Temblaba, con sus trapitos de segunda mano y con unos zapatos cuatro números más grandes! ¡Se le salían los mocos de la nariz y todo!

Años después, cuando él y Olga se habían convertido en unos monstruos gordos, Óscar a veces no podía reprimir la sensación de culpabilidad cuando la veía cruzar la calle a zancadas, o con la mirada en blanco, cerca de la parada de la guagua en Nueva York; no

podía dejar de preguntarse cuánto había contribuido la manera tan fría con que se separó de ella a su actual desmoronamiento. (Recordaba que cuando se pelearon no sintió nada; incluso cuando ella comenzó a llorar, no se había conmovido. Le dijo: Don't be a baby.)

Lo que sí le dolió fue cuando Maritza lo dejó a él. El lunes después de mandar a Olga pal carajo, Óscar llegó a la parada de la guagua con su lonchera de El planeta de los simios y descubrió a la bella Maritza de manos con el feísimo Nelson Pardo. ¡Nelson Pardo, que se parecía a Chaka de La tierra de los perdidos! Nelson Pardo, tan estúpido que pensaba que la luna era una mancha que a Dios se le había olvidado limpiar (de eso se ocupará pronto, le aseguró a toda la clase). Nelson Pardo, que se convertiría en el experto de robos a domicilio del barrio antes de alistarse en los marines y perder ocho dedos de los pies en la primera Guerra del Golfo. Al principio, Óscar pensó que era un error, que el sol le cegaba los ojos y que no había dormido lo suficiente la noche anterior. Se paró al lado de ellos y admiró su lonchera, lo realista y diabólico que se veía Dr. Zaius. ¡Pero Maritza ni le sonreía! Actuaba como si él no existiera. Debiéramos casarnos, ella le dijo a Nelson. Y Nelson hizo unas muecas morónicas, mirando hacia la calle para ver si venía la guagua. Óscar estaba demasiado angustiado como para hablar; se sentó en la acera y sintió una oleada aplastante que le subía del pecho y lo dejó cagao de miedo: antes de que se diera cuenta, estaba llorando. Cuando su hermana Lola se le acercó y le preguntó qué le pasaba, solo pudo sacudir la cabeza. Mira al mariconcito, alguien se burló. Otro le pateó la querida lonchera y la arañó justo en la cara del General Urko. Cuando por fin se montó en la guagua, llorando todavía, el conductor, un famoso adicto al PCP reformado, le dijo: Por Dios, no seas un bebé de mierda.

¿Cómo afectó la separación a Olga? Lo que él realmente preguntaba era: ¿Cómo afectó la separación a Óscar?

A Óscar le parecía que a partir del momento que Maritza lo echó —¡Shazam!— su vida empezó a irse al carajo. Durante los años siguientes, engordó más y más. La adolescencia temprana lo golpeó de forma especialmente fuerte, distorsionándole la cara de tal manera que no quedaba nada que se pudiera llamar lindo; le salieron granitos, se hizo tímido, y su interés —en la literatura de género!— que antes no le había importado un carajo a nadie, de repente se hizo sinónimo de perdedor con una P mayúscula. Por más que quisiera, no le era posible cultivar una amistad para nada, ya que era tan bitongo, tan cohibido y (si se va a creer a los chamacos del barrio) tan rarito (tenía el hábito de usar palabras grandes que había memorizado el día antes). Ya no se acercaba a las jevitas porque en el mejor de los casos ni lo miraban, y en el peor le chillaban y le llamaban ¡gordo asqueroso! Se le olvidó cómo bailar «el perrito», perdió el orgullo que había sentido cuando las mujeres de su familia lo habían llamado hombre. No besó a otra muchacha durante mucho mucho tiempo. Como si casi todo lo que tenía para atraer a las hembras se hubiera consumido en aquella semana de mierda.

No es que a «las novias» les fuera mucho mejor. Parecía que el mismo mal karma

antipasional de Óscar también les hubiera tocado. Para cuando llegó al séptimo grado, Olga se había convertido en algo enorme y espantoso, como si hubiera un gen de troll rodando dentro de ella, y comenzó a beberse el bacardi 151 directo de la botella hasta que por fin la echaron

de la escuela porque tenía el mal hábito de gritar ¡NATAS! en medio de la clase. Incluso las tetas, cuando al fin emergieron, salieron flojas y pavorosas. Una vez en la guagua, Olga le había dicho a Óscar que no era más que un cometortas, y él por poco le contesta: Mira quién está hablando, puerca, pero le dio miedo que ella se levantara y le entrara a golpes; su reputación de papichulo, ya por el piso, no hubiera aguantado semejante paliza, lo habría puesto al mismo nivel que los muchachos lisiados y junto a Joe Locorotundo, famoso por masturbarse en público.

¿Y la encantadora Maritza Chacón? ¿Cómo le fue a la hipotenusa de nuestro triángulo? Pues antes de que se pudiera decir Ay Isis Poderosa, Maritza se transformó en una de las guapas más cool de Paterson, una de las reinas de Nuevo Perú. Como continuaron siendo vecinos, Óscar siempre la veía, una Mary Jane del gueto, el pelo tan negro y lustroso como un cumulonimbo próximo a explotar, probablemente la única muchacha peruana en el mundo con el pelo más rizado que el de su hermana (él todavía no había oído hablar de afroperuanos, o de una ciudad llamada Chincha), con un cuerpazo que les hacía olvidar las enfermedades a los viejos, y desde el sexto grado, siempre con novios que tenían el doble o triple de su edad (Maritza no tenía mucho talento –ni en los deportes, ni en la escuela, ni en el trabajo– pero para los hombres le sobraba). ¿Quería eso decir que había evitado la maldición, que era más feliz que Óscar u Olga? Lo dudo. Por lo que Óscar podía ver, Maritza era una de esas muchachas a las que les gusta que los novios les peguen, ya que lo hacían todo el tiempo. Si un muchacho me golpeará a mí, decía Lola con engreimiento, le mordería la cara.

Miren a Maritza: morreándose en el portal de la casa, subiendo y bajando del carro de algún matón, empujada hacia la acera. Óscar contemplaría los lengüetazos, el sube y baja y los empellones durante toda su triste y asexuada adolescencia. ¿Qué más podía hacer? La ventana de su cuarto daba al frente de la casa de ella, así que siempre la miraba furtivamente mientras pintaba sus miniaturas de Dragones y mazmorras o leía el

último libro de Stephen King. Lo único que cambió durante esos años fueron los modelos de los carros, el tamaño del culo de Maritza y el tipo de música que dejaban oír los speakers de los carros: primero freestyle, luego hip-hop de la época de Ill-Will y ya al final, solo por un tiempito, Héctor Lavoe y los muchachos.

Él la saludaba casi todos los días, con mucho optimismo y simulando felicidad, y ella le respondía el saludo pero con indiferencia, y eso era todo. No imaginaba que ella pudiese recordar sus besos –pero, por supuesto, él no los podía olvidar.

el infierno marónico

Óscar asistió al colegio Don Bosco Tech, y como Don Bosco Tech era una escuela católica

urbana para varones, estaba repleta de cientos de adolescentes hiperactivos e inseguros y, para un nerd gordo como Óscar –para colmo fanático de la ciencia ficción–, era una fuente de angustia sin fin. Para Óscar, la secundaria era el equivalente de un espectáculo medieval, como si lo hubieran puesto en el cepo y forzado a soportar que una multitud de semianormales le tirara todo tipo de cosas y le gritara ultrajes, una experiencia de la cual debió haber salido mejor persona, pero que no resultó así... y si existía alguna lección que aprender de la tortura de esos años, él no tenía la menor idea de cuál podía haber sido. Todos los días iba a pie a la escuela, como el nerdo gordote y solitario que era, y solo pensaba en el día de su manumisión, cuando por fin se vería libre del horror interminable. Oye, Óscar, ¿hay maricones en Marte? Hey, Kazoo, coge esto. La primera vez que oyó el término el infierno morónico se dio cuenta que sabía exactamente dónde estaba localizado y quiénes eran sus habitantes.

En el segundo año de la secundaria, Óscar pesaba unas increíbles 245 libras (260 cuando estaba depre, que era casi siempre), y se les hizo evidente a todos, en especial a su familia, que se había convertido en el pariguayo⁵ del barrio. No tenía ninguno de los superpoderes del típico varón dominicano, era incapaz de levantar jevas aunque su vida dependiera de ello. No podía practicar deportes, ni jugar al dominó, carecía de coordinación y tiraba la pelota como una hembra. Tampoco tenía destreza para la música ni para el negocio ni para el baile, no tenía picardía, ni rap, ni don pa na. Y lo peor de todo: era un maco. Tenía el pelo medio malo y se lo peinaba en un afro estilo puertorriqueño, usaba unos enormes espejuelos que parecía que se los proporcionaba un oculista de asistencia pública –sus aparatos «antivaginales», les decían Al y Miggs, sus únicos panas–, llevaba una sombra desagradable como si fuera un bigote en el labio superior y poseía un par de ojos medio bizcos que lo hacían parecer algo retardado. Los Ojos de Mingus (una comparación que hizo él mismo un día que registraba la colección de discos de su mamá; ella era la única dominicana old school que él conocía que había salido con un moreno, hasta que el padre de Óscar le puso punto final a ese capítulo particular de la Fiesta Mundial Africana). Tienes los mismos ojos que tu abuelo, Nena Inca le había dicho en una de sus visitas a la RD, lo que debía haber sido un consuelo –¿a quién no

5. Pariguayo es un neologismo peyorativo a partir del inglés, party watcher: «el que mira las fiestas». La palabra comenzó a utilizarse comúnmente durante la primera ocupación norteamericana de la RD, que fue de 1916 a 1924 (¿no sabían que nos ocuparon dos veces en el siglo xx? No se preocupen, cuando tengan hijos ellos tampoco sabrán que Estados Unidos invadió a Irak). Durante la primera ocupación se dijo que los miembros de las fuerzas de ocupación norteamericanas a menudo iban a fiestas dominicanas pero, en lugar de participar, simplemente se paraban y miraban. Lo que, por supuesto, debía de parecer una locura. ¿Quién diablos va a una fiesta a mirar? Después de eso, los marines fueron para siempre paraguayos, palabra que en uso cotidiano quiere decir el tipo que se queda afuera, que solo mira mientras los otros levantan a las muchachas; en otras palabras, cualquiera que

es un inútil, un apocao. El pariguayo es que el que no sabe bailar, el que no tiene con qué, el que deja que se burlen de él: ese precisamente es el pariguayo.

Si se buscara en el Gran Diccionario Dominicano, la definición del pariguayo incluiría una talla de madera de Óscar. Lo llamarían así el resto de la vida y eso lo aproximaría al otro Vigilante, al superhéroe del universo Marvel que está del Lado Azul de la Luna y mira y mira, pero jamás interviene.

le gusta parecerse a un antepasado?—, salvo que este antepasado en particular había terminado sus días en la cárcel.

Óscar siempre había sido un nerd —leía a Tom Swift, le fascinaban los comics y era fan de Ultraman— pero cuando entró en la secundaria, su compromiso con la literatura de género ya era absoluto. En esos días, mientras el resto de nosotros aprendíamos a jugar pelota contra la pared, a lanzar monedas y a pasarnos botellas de cerveza a medio tomar sin que nuestros padres lo advirtieran, él se daba banquete con lecturas de Lovecraft, Wells, Burroughs, Howard, Alexander, Herbert, Asimov, Bova y Heinlein, e incluso con los viejos que empezaban ya a decolorarse —E.E. «Doc» Smith, Stapledon y el tipo que escribió todos los libros de Doc Savage. Iba como un muerto de hambre de libro en libro, de autor en autor, de época en época (tuvo la buena suerte de que las bibliotecas de Paterson estuvieran tan mal financiadas que todavía tenían en circulación toda la nerdería de las generaciones anteriores). No había manera de distraerlo de ninguna película o show de TV o cartoon donde hubiera monstruos o naves espaciales o mutantes o dispositivos o cuestiones de destinos del día del Juicio Final

o magia o bandidos malvados. Era solo en estas cosas que Óscar demostraba el genio que su abuela insistía era parte del patrimonio familiar. Podía escribir en élfico, podía hablar chakobsa, podía distinguir entre un slan, un dorsai y un lensman en detalle; sabía más sobre el universo Marvel que el mismo Stan Lee, y era un fanático de los juegos de rol (si hubiera sido bueno con los videojuegos, habría sido un slam dunk, pero a pesar de tener su Atari y su Intellivision, no tenía los reflejos para el asunto). Quizá si —como yo— hubiera podido ocultar su otakunidad, la cosa hubiera sido más fácil, pero no podía. Llevaba su nerdería como un jedi lleva su sable láser o un lensman su lente. No podía pasar por Normal no importaba cuánto lo hubiera deseado.⁶

6. De dónde salió este amor descomunal por la literatura de género nadie lo sabe. Puede que haya sido consecuencia de ser antillano (¿quién tiene más de ciencia ficción que nosotros?) o de haber vivido sus primeros dos años en

Óscar era un introvertido que temblaba de miedo durante la clase de gimnasia y miraba programas de televisión británicos bastante nerdosos como Dr. Who y Blake 7; podía explicar la diferencia entre un combatiente de Veritech y un caminante de Zentraedi, y utilizaba palabrejas como infatigable y ubicuo

la RD y después precipitadamente, angustiosamente, haber sido desplazado a Nueva Jersey —esa tarjeta de residencia oficial en Estados Unidos no solo le cambió el mundo (de Tercero

a Primero) sino también de siglo (de casi nada de TV o electricidad a un montón de ambas). Después de una transición semejante me imagino que únicamente las situaciones más extremas lo habrían podido satisfacer. ¿Quizá fue que en la RD había visto demasiados episodios de El Hombre Araña, o lo habían llevado a ver demasiadas películas de kung fu de Run Run Shaw, o había escuchado demasiadas historias fantasmagóricas de su abuela sobre el Cuco y la Ciguapa? ¿O quizá fue el primer bibliotecario en Estados Unidos quien lo enganchó en la lectura con la chispa que sintió cuando tocó por primera vez un libro de Danny Dunn? ¿O quizá apenas fue el espíritu de la época (¿no fue el principio de los años setenta el amanecer de la Edad del Nerd?), o que se había pasado la mayor parte de su niñez sin un solo amigo? ¿O era algo más profundo, algo ancestral?

¿Quién lo puede decir?

Lo que sí está claro es que ser lector y fanático de la literatura de género (a falta de un término mejor) lo ayudó a sostenerse durante esos días difíciles de la juventud, pero también hizo que pareciera un bicho aún más raro en esas calles crueles de Paterson. Fue víctima de los demás muchachos –que lo golpeaban y empujaban y le hacían todo tipo de horrores y le rompían los espejuelos y le partían en dos ante sus mismos ojos los libros nuevecitos de paquete que compraba de Scholastic a cincuenta centavos cada uno. ¿Te gustan los libros? ¡Ahora tienes dos! ¡Ja, ja! No hay nadie más opresor que el que ha sido oprimido. Hasta su propia madre encontraba sospechosas sus preocupaciones. ¡Sal a jugar!, le ordenaba por lo menos una vez al día. Pórtate como un muchacho normal.

(Solamente su hermana, lectora también, lo apoyaba. Le traía libros de su propia escuela, que tenía una mejor biblioteca.)

¿Quieres saber de verdad cómo se siente un X-Man? Entonces conviértete en un muchacho de color, inteligente y estudioso, en un gueto contemporáneo de Estados Unidos. Mamma mia! Es como si tuvieras alas de murciélago

o un par de tentáculos creciéndote en el pecho.

¡Pa fuera!, su mamá ordenaba. Y él salía, como un condenado, para pasar algunas horas atormentado por los otros muchachos. Por favor, quiero quedarme en casa, le rogaba a la madre, pero ella lo botaba de todos modos. Tú no eres mujer para quedarte en la casa. Y aguantaba una, dos horas hasta que por fin se podía colar de nuevo en la casa. Entonces se escondía en el closet de arriba, donde leía con el rayo de luz que entraba por las rendijas de la puer

al hablar con los tipos del barrio que apenas lograrían graduarse de la secundaria. Era uno de esos nerds que usaban la biblioteca como escondite, que adoraban a Tolkien y, más adelante, las novelas de Margaret Weis y de Tracy Hickman (su personaje preferido era, por supuesto, Raistlin), y, durante la década de los ochenta, desarrolló una obsesión con el Fin del Mundo (no existía una película o libro o juego apocalíptico que no hubiera visto o leído o jugado: Wyndham y Christopher y Gamma World eran sus grandes favoritos). ¿Se hacen una idea? Su nerdería adolescente evaporaba la menor oportunidad de un romance. Todos

los demás experimentaban el terror y la dicha de sus primeros enamoramientos, sus primeros encuentros, sus primeros besos, mientras que Óscar se sentaba en el fondo del aula, detrás de la pantalla en la que coordinaba los juegos de Dragones y Mazmorras y veía su adolescencia pasar. Del carajo eso de quedarse fuera en la adolescencia, como atrapado en un closet en Venus cuando el sol aparece por primera vez en cien años. De haber sido él como los nerds con quienes yo me crié, a los que no les importaban las hembras, la cosa hubiera sido distinta, pero él seguía siendo el enamorado que se apasionaba con vehemencia. Tenía amores secretos por todo el pueblo, la clase de muchachotas de cabellos rizados que no le hubieran dicho ni pío a un loser como él, pero él no podía dejar de soñar con ellas. Su capacidad para el cariño —esa masa gravitacional de amor, de miedo, de anhelo, de deseo y de lujuria que dirigía a todas y cada una de las muchachas del barrio sin importarles mucho su belleza, edad, o disponibilidad— le partía el corazón todos los días. Y a pesar de que lo consideraba de una fuerza enorme, en rea

ta. Al pasar las horas, su mamá lo encontraba y lo sacaba de nuevo. ¿Qué carajo te pasa?

(Y ya, en los desechos de papel, en sus libros de composición, en el dorso de sus manos, comenzaba a garabatear, nada serio por el momento, apenas borradores de sus historias preferidas, sin imaginar que esos pastiches chapuceros definirían su Destino.)

lidad era más fantasmal que otra cosa porque ninguna jevita jamás se dio por enterada. De vez en cuando se estremecían

o cruzaban los brazos cuando les pasaba cerca, pero eso era todo. Lloraba a menudo por el amor que sentía por una muchacha u otra. Lloraba en el baño, donde nadie podía oírlo.

En cualquier otro lugar del mundo su promedio de bateo triple cero con las muchachas podía haber pasado inadvertido, pero se trataba de un varoncito dominicano, de una familia dominicana: se suponía que fuera un tiguere salvaje con las hembras, se suponía que las estuviera atrapando a dos manos. Por supuesto que todo el mundo se dio cuenta de su poco juego y, como eran dominicanos, todo el mundo los comentó. Un fraca-tán de familiares lo aconsejó. El tío Rudolfo (que recién había salido de su última residencia carcelaria y ahora vivía en la casa de ellos en Main Street) fue particularmente generoso con su tutela. Escúchame, palomo, coge una muchacha y méteselo ya. Eso lo resuelve todo. Empieza con una fea. ¡Coge una fea y méteselo! El tío Rudolfo tenía cuatro hijos con tres mujeres diferentes así que no había duda alguna de que era el experto de la familia en lo del méteselo.

¿El único comentario de su mamá? Lo que tiene que preocuparte son tus notas. Y en momentos de mayor introspección: Dale gracias a Dios que no te tocó mi suerte, hijo.

¿Qué suerte?, resopló el tío.

A eso me refiero, convino.

¿Y sus panas Al y Miggs? Bróder, estás hecho un gordiflón, ¿no?

¿Y su abuela, La Inca? ¡Hijo, eres el hombre más buen mozo que conozco!

La hermana de Óscar, Lola, era mucho más práctica. Ahora que había concluido su

temporada de locura –¿qué muchacha dominicana no pasa por una?– se había convertido en una de esas dominicanas duras de Jersey, corredora de largas distancias, con su propio carro, su propio talonario de cheques, que le decía «perros» a los hombres y se comía al que le daba la gana sin una gota de vergüenza, especialmente si el tipo tenía baro. Cuando estaba en el cuarto grado la había asaltado un hombre mayor al que conocía del barrio; esto fue vox populi en toda la familia (y por extensión en una buena parte de Paterson, Union City y Teaneck) y el hecho de que pudiera sobrevivir ese urikán de dolor, enjuiciamiento y bochinche la había hecho más resistente que la adamantina. Hacía poco se había cortado el pelo –lo cual volvió loca a su mamá una vez más– en parte, pienso yo, porque cuando era niña su familia se lo había dejado crecer, con mucho orgullo, más abajo del culo, algo que el tipo que la atacó seguramente apreció y admiró.

Óscar, Lola le advirtió en varias ocasiones, te vas a morir virgen a menos que comiences a cambiar.

¿No crees que lo sé? Otros cinco años así y te apuesto que alguien trata de ponerle mi nombre a una iglesia.

Córtate el pelo, deshazte de esos espejuelos, haz ejercicio. Y bota esas revistas pornográficas. Son repugnantes, incomodan a Mami, y nunca te van a ayudar a levantar a una muchacha. Consejos sanos que a fin de cuentas no adoptó. Intentó un par de veces hacer ejercicio, elevaciones de piernas, abdominales, dar vueltas a la manzana de madrugada, ese tipo de cosas, pero se percataba de que todos los demás varones tenían novias y se desesperaba, y volvía otra vez a sumirse en sus Penthouse, en el diseño de calabozos para sus juegos de rol, y en la autocompasión.

Parece que soy alérgico a la actividad. Y Lola dijo: Ja, me parece más bien que eres alérgico a todo tipo de esfuerzo.

No hubiera sido una existencia tan terrible de haber sido Paterson y sus alrededores como Don Bosco o como esas novelas feministas de ciencia ficción de los años setenta que había leído a veces: zonas vedadas a los hombres. Paterson, sin embargo, significaba jevas de la misma manera que NYC significaba jevas, y de la mismita manera que Santo Domingo significaba jevas. Paterson tenía muchachas loquísimas y si esas no te parecía que estaban lo suficientemente buenas, entonces, cabrón, solo era cuestión de seguir pal sur, a Newark, Elizabeth,

Jersey City, las Oranges, Union City, West New York, Weehawken, Perth Amboy –una franja urbana que todo el mundo conocía como Negrápolis. En otras palabras, estaba rodeado por todas partes de hembras caribeñas e hispanoparlantes.

Ni siquiera se podía esconder en su propia casa; las amigas de su hermana siempre estaban presentes, como huéspedes permanentes. Cuando estaban cerca, Óscar no necesitaba las Penthouse. Las amigas de Lola no eran tan inteligentes pero estaban requetebuenas: la clase de jevitas latinas que solo salían con morenos musculosos o latino cats que guardaban armas de fuego en la casa. Todas eran miembros del equipo de voleibol, altas y en buena forma, y

cuando salían a correr parecían el equipo de campo y pista de un paraíso terrorista. Eran las ciguapas del condado de Bergen: la primera era Gladys, que siempre se quejaba de tener las tetas demasiado grandes, porque de haber sido más pequeñas, quizá sus novios hubieran sido normales; Marisol, que terminaría en el MIT y odiaba a Óscar, pero que era la que a él más le gustaba; Leticia, acabadita de bajar de la yola, mitad dominicana y mitad haitiana, esa mezcla especial que el gobierno dominicano jura que no existe, y que hablaba con un acento más que pronunciado, ¡una muchacha tan buena que se había negado a acostarse con tres novios consecutivos! No hubiera sido tan terrible si estas jevitas no hubieran tratado a Óscar como al guardia sordomudo del harén, dándole órdenes, mandándolo a hacer todas sus diligencias, riéndose de sus juegos y de su apariencia. Y, para colmo, hablando con todo lujo de detalles de sus vidas sexuales, como si él no existiera. Sentado en la cocina, con el último número de la revista Dragon en sus manos, les gritaba: Si no se han dado cuenta, hay un ser humano masculino presente.

¿Dónde?, Marisol decía con indiferencia. Yo no lo veo.

Y cuando se quejaban de que a los muchachos latinos solo les gustaban las blancas, siempre se ofrecía: A mí me gustan las hispanas. A lo que Marisol siempre respondía con muchísima condescendencia, Bárbaro, Óscar, bárbaro, salvo que no hay una hispana que quiera salir contigo.

Déjalo tranquilo, le contestaba Leticia. Yo creo que eres muy simpático, Óscar.

Ay, sí, por supuesto, decía Marisol, riéndose y volteando los ojos. Tú verás que ahora escribe un libro sobre ti.

Estas eran las Furias de Óscar, su panteón personal, las muchachas con quienes más soñaba, las que se imaginaba cuando se hacía la paja y a las que, con el tiempo, empezó a incluir en sus historias. En sus sueños siempre las estaba salvando de extraterrestres o había vuelto al barrio, rico y famoso —¡Es él! ¡El Stephen King dominicano!—, y entonces Marisol aparecería, llevando cada uno de sus libros para que él los firmara. Por favor, Óscar, cástate conmigo. Óscar, haciéndose el papichulo: Lo siento, Marisol, yo no me caso con putas ignorantes (pero, bueno, por supuesto que lo haría). Todavía miraba a Maritza de lejos, convencido de que algún día, cuando cayeran las bombas nucleares (o estallara la peste o invadieran los trípodes) y la civilización desapareciera, la rescataría de una ganga de espíritus necrófagos que irradiaban luz y juntos atravesarían una América devastada en busca de un mañana mejor. En estos ensueños apocalípticos (que había comenzado a anotar) él siempre era una especie de Doc Savage aplanado, un supergenio que combinaba una maestría de talla mundial en las artes marciales con un dominio letal de las armas de fuego. No era poco para un muchacho que jamás en su vida había disparado con un rifle de aire, lanzado un piñazo o alcanzado más de la mitad de los puntos necesarios en las pruebas para entrar a la universidad.

óscar tiene coraje

El último año de la secundaria, Óscar se encontraba abotargado, dispéptico y, lo más cruel

de todo, absolutamente solo y sin novia. Sus dos panas nerds, Al y Miggs, por el giro más enloquecido del destino, habían logrado levantar un par de muchachas ese año. Nada especial, feísimas en realidad, pero je

vas al fin. Al había resuelto su problema en Menlo Park. Ella vino a mí, alardeaba, y cuando ella le informó, por supuesto después de tremenda mamada, que tenía una amiga que estaba desesperada por encontrar a alguien, Al se llevó arrastrado a Miggs de su Atari para que viera una película con ellos y el resto, como dicen, es historia. Antes del fin de semana ya Miggs estaba metiéndole mano a la masa también, y solo fue entonces que Óscar se enteró de lo que había pasado, mientras se preparaban para otra aventura «escalofriante» entre los Campeones y los Death-Dealing Destroyers (Óscar tuvo que guardar su famosa campaña de ¡Aftermath! porque nadie, salvo él, tenía ganas de jugar en las ruinas postapocalípticas de una América infectada con un virus). Al principio, después de oír hablar del doble golpe con las jevas, Óscar no dijo nada. Solo le daba una y otra vuelta a sus D10. Decía, Qué suerte la de ustedes. Se moría cada vez que recordaba que no habían pensado en incluirlo en sus aventuras con las muchachas; odiaba a Al por invitar a Miggs y no a él y odiaba a Miggs por haber logrado levantar a una jeva, punto. A Óscar le cabía en la cabeza que Al pudiera conseguirse una muchacha; en fin, Al (verdadero nombre: Alok) era uno de esos indios lindos y altos que nadie jamás hubiera confundido con un nerdoso enviciado con los juegos de rol. Lo que le parecía inconcebible era que Miggs hubiera dado un palo con una mujer; lo asombraba y lo tenía enfermo de celos. Óscar siempre había considerado a Miggs más monstruoso aún que él. Estaba cubierto de acné, se reía como un retardado, tenía los dientes medio grises por culpa de una medicina que le habían dado de niño. Dime, ¿tu novia es linda?, le preguntó a Miggs. Este contestó: Bróder, tienes que verla, es bella. Tremendas fokin tetas gigantescas, Al agregó. Ese día la poca fe que Óscar tenía en el mundo se desmoronó como atacada por un SS-N-17. Cuando por fin no pudo aguantar más, les preguntó, con cierto patetismo: Coño, ¿y estas muchachas no tienen amigas? Al y Miggs se miraron uno al otro por encima de las páginas que describían sus roles. Na, no lo creo, bróder ...

Y ahí mismo se dio cuenta de algo de sus amigos que no había sabido (o, por lo menos, no había querido admitir). Ahí mismo tuvo una revelación que resonó por toda su gordura. Supo que sus panas –los mismos jodidos que leían comics, jugaban a rol y estaban tan perdidos como él en cualquier deporte– se avergonzaban de él.

Le quitaron el andamio de debajo de los pies. Terminó el juego temprano, los Exterminators encontraron inmediatamente la guarida de los Destroyers. Tremenda mierda, se quejó Al. Después de despedirse de ellos, Óscar se encerró en su cuarto, se echó en la cama un par de horas, estupefacto, luego se levantó, se quitó la ropa en el baño, que ya no tenía que compartir porque su hermana estaba en Rutgers, y se examinó en el espejo. ¡La grasa! ¡Las millas de estrías en su cuerpo! ¡La horripilante tumescencia de sus proporciones! Parecía salido de un comic de Daniel Clowes. Recordaba al gordito negruzco de Palomar

del comic de Beto Hernández.

Por tu madre, susurró. Soy un morlock.

Al día siguiente, en el desayuno, le preguntó a su mamá: ¿Soy feo?

Ella suspiró. Bueno, hijo, a mí no te pareces.

¡Los padres dominicanos! ¡Qué joyas!

Se pasó una semana entera mirándose en el espejo, dando vueltas, procesando, sin retroceder, y al final decidió ser como Roberto Durán: No más. Fue a la barbería y Chucho le afeitó el afro puertorriqueño (Espérate un minutito, dijo el socio de Chucho, ¿tú eres dominicano?). Óscar se quitó el bigote y después los espejuelos; se compró lentes de contacto con el dinero que ganaba en el almacén de madera. También trató de pulir un poco lo que quedaba de su dominicanidad para ver si se parecía un poco más a sus jactanciosos primos porque había comenzado a sospechar que la respuesta podría estar en la actitud hipervarónil latina de ellos. Pero la pura verdad es que ya había pasado su momento, ya no era candidato para soluciones rápidas. Cuando Al y Miggs lo volvieron a ver, llevaba tres días seguidos casi sin comer. Miggs dijo: Bróder, ¿qué te pasa?

Na, cambios, Óscar contestó, haciéndose el misterioso.

¿Vas a salir en la carátula de un álbum o qué?

Óscar sacudió su cabeza solemnemente. Estoy empezando un nuevo ciclo de mi vida.

Oye eso. Suena como si ya estuviera en la universidad.

Ese verano su mamá los mandó a él y a su hermana a Santo Domingo, y esta vez él no protestó como había hecho en el pasado. La verdad es que no había mucho en Estados Unidos que lo atara. Llegó a Baní con una pila de cuadernos y un plan para llenarlos todos. Puesto que ya no podía ser campeón de videojuegos, decidió intentar ser un verdadero escritor. El viaje resultó crucial para él. En vez de desalentarlo en su escritura, de caerle arriba para que saliera de la casa como acostumbraba su mamá, su abuela, Nena Inca, lo dejó en paz. Le permitió quedarse en el fondo de la casa todo el tiempo que quisiera, no insistió en que «saliera al mundo» (ella siempre había sido sobreprotectora con él y su hermana. Demasiada mala suerte en esta familia, decía). Apagó la música y le trajo sus comidas a la misma hora todos los días. Su hermana salía a trasnochar con sus amigas loquitas, siempre en bikini, a todas partes de la isla, pero él siempre se quedaba en casa. Cuando venía cualquier miembro de la familia a buscarlo, su abuela lo despedía con un solo gesto imperioso de la mano. ¿No ves que el muchacho está trabajando? ¿Pero qué está haciendo?, sus primos preguntaban, confundidos. Él está siendo un genio, eso es lo que está haciendo, La Inca les contestaba con arrogancia, ahora váyanse. (Años después se dio cuenta de que estos mismos primos probablemente lo habrían podido ayudar a perder su virginidad si se hubiera molestado en salir con ellos, pero no se puede lamentar la vida que no se vivió.) Por las tardes, cuando no podía escribir una palabra más, se sentaba afuera con su abuela, observaba los acontecimientos del

barrio y escuchaba los intercambios estentóreos de los vecinos. Una tarde, al final de su visita, su abuela le confió, Tu mamá pudo haber sido doctora como tu abuelo.

¿Qué pasó?

La Inca sacudió la cabeza. Estaba mirando su foto favorita de la mamá de Óscar en su primer día de escuela privada, uno de esos típicos retratos serios de la RD. Lo que siempre pasa. Un maldito hombre.

Óscar escribió dos libros ese verano sobre un muchacho que lucha contra mutantes durante el fin del mundo (ninguno de los dos libros sobreviven). Tomó una pila de notas también, nombres de cosas que pensaba adaptar más adelante con propósitos ciencia ficticios y fantásticos. (Se enteró de la maldición de la familia por enésima vez, pero no le dio suficiente importancia como para incorporarla a su ficción: coño, ¿qué familia latina no se cree maldita?) Cuando llegó la hora de que él y su hermana volvieran a Paterson, estaba casi triste. Casi. Su abuela le puso la mano en la cabeza para bendecirlo. Cuídate mucho, hijo. Puedes estar seguro que en este mundo hay alguien que te quiere siempre.

En el aeropuerto JFK, su tío por poco no lo reconoce. Carajo, dijo el tío, mirando con recelo su tez, ahora parece haitiano.

Después que regresó salió con Miggs y Al, fue al cine con ellos, comentaron sobre los Hermanos Hernández, Frank Miller y Alan Moore pero nunca recuperaron la amistad que habían tenido antes de Santo Domingo. Óscar oía sus mensajes en la contestadora y reprimía el impulso de salir corriendo a verlos. No los veía más que una, dos veces a la semana. Se concentró en su escritura. Esas fueron semanas de tremenda fokin soledad en las que lo único que tenía eran sus juegos, sus libros y sus palabras. Ahora me tocó un ermitaño de hijo, su mamá se quejaba amargamente. Por la noche, sin poder dormir, veía cantidad de TV malísima y se obsesionó con dos películas en particular: Zardoz (la había visto con su tío antes de que lo encarcelaran por segunda vez) y Virus (la película japonesa del fin del mundo con la jevita rica de Romeo y Julieta). No podía ver Virus sin llorar al final, cuando el héroe japonés llega a la base del Polo Sur, caminando desde Washington, D.C. por toda la cordillera de los Andes para estar con la mujer de sus sueños. He estado trabajando en mi quinta novela, le decía a los panas cuando preguntaban por la causa de su ausencia. Es increíble.

¿Ves?, ¿qué te dije? Míster Bachiller.

En los viejos tiempos, cuando sus supuestos amigos lo herían o arrastraban su confianza por el fango, él permitía que lo siguieran maltratando, impulsado por el miedo y la soledad, algo por lo que siempre se había odiado a sí mismo, pero ahora no. Si hubo algún momento en esos años de la secundaria que lo enorgulleciera, fue ese. Incluso se lo dijo a su hermana durante la siguiente visita de esta. Ella contestó: ¡Por fin, Ó.! Finalmente daba muestras de firmeza y, por ende, de algo de orgullo, y aunque todavía le dolía, de todos modos se sentía requetefokin bien.

óscar casi lo logra

En octubre, luego de entregar todas sus solicitudes universitarias (Fairleigh Dickinson, Montclair, Rutgers, Drew, Glassboro State, William Paterson; también solicitó en la NYU, donde tenía solo un chance en un millón, y el rechazo fue tan rápido que le asombró que no hubiera llegado por Pony Express), cuando el invierno asentaba su jodido culo pálido por todo el norte de Nueva Jersey, Óscar se enamoró de una muchacha que asistía a su misma clase preparatoria para los exámenes de entrada a la universidad. La clase se daba en uno de esos «centros de aprendizaje» no lejos de su casa, a menos de una milla, así que había estado caminando como manera sana de bajar de peso. No tenía expectativas de conocer a nadie, pero entonces vio a la belleza en la última fila y sus sentidos por poco explotan. Su nombre era Ana Obregón, una gordita linda, algo chusmita, que leía a Henry Miller en vez de concentrarse en cómo resolver problemas de lógica. En la quinta sesión de clases notó que ella estaba leyendo Sexus y ella notó que él lo notó, e inclinándose hacia él le mostró un pasaje y a él le provocó tremenda fokin erección.

Debes de pensar que soy extraña, ¿no?, ella le preguntó durante un receso de clase.

No eres extraña, dijo. Créeme, yo soy el experto máximo en el tema.

Ana hablaba mucho, tenía ojos caribeños hermosísimos de antracita pura, y era el tipo de gordita que les encantaba a casi todos los tipejos de la isla, con un cuerpo que se sabía que estaba igual de bueno con o sin ropa. Tampoco le daba pena enseñar sus libras: llevaba pantalones negros apretados con estribos como cualquier otra muchacha del barrio, la ropa interior más sexy que podía comprar, y era supermeticulosa cuando se maquillaba, una maniobra de una delicadeza que siempre fascinó a Óscar. Era una combinación peculiar de putica y niñita –incluso antes de que visitara su casa, él ya sabía que ella tendría toda una colección de animalitos de peluche sobre la cama– y había algo en la forma que cambiaba de un aspecto al otro que lo había convencido de que esas dos apariencias no eran más que máscaras, y que existía una tercera Ana, una Ana oculta que determinaba qué máscara usar en cada ocasión, una Ana oscura e imposible de conocer. Empezó a leer a Miller porque su ex novio, Manny, le había dado los libros antes de alistarse en el ejército. Se pasaba la vida le-yéndole pasajes. No sabes cómo me excitaba. Ella tenía trece años cuando comenzaron, y él veinticuatro, un adicto a la cocaína reformado. Ana hablaba de estas cosas como si nada.

¿Tenías trece años y tu mamá te permitió salir con un septuagenario?

Mis padres adoraban a Manny, dijo. Mi mamá le cocinaba y todo.

Él dijo: Eso me parece poco ortodoxo, y después, en la casa, le preguntó a su hermana, que estaba de visita durante el

receso de invierno en la universidad, Teóricamente, ¿permitirías que tu hija pubescente tuviera relaciones con un varón de veinticuatro años?

Primero lo mato.

Le sorprendió cuánto alivio sintió al oírla.

Déjame adivinar: ¿conoces a alguien que esté haciendo eso?

Asintió. Se sienta al lado mío en la clase. Pienso que es orquidácea.

Lola lo miró con sus ojos color tigre. Hacía una semana que estaba en casa y era evidente que la universidad estaba acabando con ella; el blanco de sus ojos estaba dibujado con rayos sanguíneos. Tú sabes, dijo por fin, nosotros, la gente de color, hablamos cantidad de mierda de lo mucho que queremos a nuestros hijos, pero no es así. Exhaló. No es así. Para nada.

Óscar trató de ponerle la mano en el hombro a su hermana, pero ella no lo dejó. Mejor empieza a hacer abdominales, Míster.

Así lo llamaba cuando se sentía tierna o herida. Míster. Años después, quería ponerle eso en la lápida, pero nadie la iba a dejar, ni siquiera yo.

Qué vaina.

amor de pendejo

Él y Ana en la clase, luego él y Ana en el parqueo, él y Ana en McDonald's, él y Ana se hicieron amigos. Cada día Óscar esperaba su adiós, pero los días pasaban y ella todavía estaba allí. Desarrollaron el hábito de hablar por teléfono un par de veces a la semana, en realidad acerca de nada, pero dándole nombre a las cosas cotidianas; la primera vez, fue ella quien lo llamó a él y se ofreció para llevarlo a la clase; la semana siguiente, él la llamó a ver en qué estaba. El corazón le latía de tal manera que pensó que se iba a morir, pero ella contestó como si nada. Oye Óscar, escucha esta mierda que me hizo mi hermana, y así siguieron, cotorreando como siempre. La quinta vez que llamó, ya sabía que ella no lo iba a rechazar. Era la única muchacha, aparte de las de su familia, que le hablaba de su período, que le decía en confianza, Estoy sangrando como un cerdo en el matadero, una confesión sorprendente en la que pensó y repensó mil veces, convencido de que debía tener algún significado. Cuando recordaba la manera en que ella se reía, como si el aire que la rodeaba le perteneciera, su corazón le latía con fuerza dentro del pecho, un rada solitario. A diferencia de lo que había sucedido con las otras muchachas de su cosmología secreta, se enamoró de Ana Obregón según iban conociéndose. Como ella había aparecido en su vida de repente, como había pasado inadvertida bajo el radar, Óscar no había tenido tiempo de levantar su acostumbrado muro de boberías, o de nutrir una pila de expectativas descabelladas sobre ella. Quizá solo fuera que, después de cuatro años de no conseguir absolutamente nada, estaba cansado, o que en definitiva había encontrado su swing. Para su sorpresa, en vez de portarse como un idiota —como cabría esperar ante el hecho cierto de que esta era la primera muchacha con quien había sostenido una conversación— no se preocupó mucho por el futuro y dejó que pasara un día tras otro. Le hablaba con sencillez y sin esfuerzo y descubrió que su manera de ser y su baja autoestima le caía de lo más bien a ella. Era asombrosa la comunicación que tenían; él decía algo evidente y anodino, y ella le contestaba: Óscar, eres fokin brilliant. Cuando ella dijo que le encantaban las manos de los hombres, él alzó las suyas a la cara y separó los dedos como un abanico. Oh, ¿sí? y ella por poco se muere de la risa.

Ella nunca hablaba de lo que eran; solo decía: ¡Man, me alegro tanto de haberte conocido!

Y él contestaba: Y yo de ser quien soy conociéndote.

Una noche mientras escuchaba New Order e intentaba leer Clay's Ark, su hermana tocó a la puerta de su cuarto.

Tienes visita.

¿Sí?

Unjú, se apoyó Lola en el marco la puerta. Se había afeitado la cabeza al rape, estilo Sinéad, y ahora todos, incluida su mamá, estaban convencidos de que se había vuelto lesbiana.

Oye, creo que deberías arreglarte un poco, ¿no? Le tocó la cara suavemente. Aféitate esos pelitos de gato.

Era Ana. Estaba de pie en el vestíbulo, con un abrigo de cuero largo, su piel trigueña algo rosada por el frío, su cara resplandeciente con delineador, rímel, base, pintalabios y colorete. Hace tremendo frío, dijo. Llevaba los guantes en la mano como un ramo de flores arrugado. Hey, fue todo lo que logró decir. Podía oír a su hermana arriba, escuchando.

¿Qué tú haces?, Ana preguntó.

Na.

Entonces, vamos al cine.

Bueno, OK, dijo él.

Arriba en su cuarto, su hermana saltaba en la cama, haciendo como que gritaba, pero en voz baja, ¡Es una cita! ¡Es una cita!, y entonces se lanzó sobre su espalda y por poco los tumba por la ventana del cuarto a los dos.

¿Esto es una especie de cita?, le preguntó a Ana mientras se metía en el carro.

Ella le sonrió con languidez. Podría llamársele así.

Ana manejaba un Cressida, y en vez de ir al cine local se dirigió al múltiplex de Amboy.

Me encanta este lugar, dijo mientras luchaba por un espacio donde parquear. Mi papá nos traía cuando todavía era un autocine. ¿Viniste alguna vez?

Negó con la cabeza. Pero tengo entendido que hoy en día aquí roban un montón de carros. Nadie me va a robar este a mí.

Era tan difícil creer lo que sucedía que él no podía tomarlo en serio. Durante toda la película –Manhunter–, Óscar tuvo la sensación de que, en cualquier momento, unos tipos con cámaras iban a saltar de la nada y gritar ¡Sorpresa! Oye, le dijo, tratando de mantenerse en su radar, tremenda película. Ana asintió; olía a un perfume que él no podía identificar y, cuando se le acercó, el calor de su cuerpo era vertiginoso.

Al regresar a la casa, Ana se quejó de un dolor de cabeza y no hablaron mucho. Intentó poner el radio, pero ella dijo: No, me está matando el dolor de cabeza. Él bromeó, ¿Quieres un poco de cocaína? No, Óscar. Así que se reclinó y vio cómo el edificio Hess y el resto de Woodbridge se deslizaban a través de una maraña de pasos elevados. De repente se dio cuenta de lo cansado que estaba; el nerviosismo que lo había atormentado toda la noche lo había dejado exhausto. Mientras más tiempo pasaban sin hablar, más taciturno estaba. Solo es una salidita al cine, se decía, tampoco es como si fuera una cita.

Ana estaba inexplicablemente triste y se mordía la parte inferior del labio, una verdadera bamba, hasta que casi toda la pintura labial se le pegó a los dientes. Él iba a hacer un comentario, pero decidió no hacerlo.

¿Estás leyendo algo bueno?

No, dijo ella. ¿Y tú?

Estoy leyendo Dune.

Ella movió la cabeza. Odio ese libro.

Alcanzaron la salida de Elizabeth, el lugar que hace realmente conocido a Nueva Jersey, con desechos industriales a ambos lados de la carretera de peaje.

Él había comenzado a contener la respiración para no aspirar los horribles gases cuando Ana soltó un grito que lo lanzó contra la puerta del carro. ¡Elizabeth! chilló. ¡Cierra esas fokin piernas!

Entonces lo miró, echó hacia atrás la cabeza y se rió a carcajadas.

Cuando regresó a la casa, su hermana preguntó: ¿Bueno?

Bueno ¿qué?

¿Rapaste con ella?

Por Dios, Lola, dijo, ruborizado.

No me digas mentiras.

No me gusta precipitarme. Hizo una breve pausa y después suspiró. Es decir, ni siquiera le quité la bufanda.

Eso me suena un poco sospechoso. Yo conozco a los hombres dominicanos. Levantó las manos y dobló los dedos en una amenaza traviesa. Son pulpos.

Al día siguiente Óscar se despertó con la sensación de que se había librado de toda su gordura, como si hubiese puesto punto final a su sufrimiento. Durante mucho rato, no pudo recordar por qué se sentía de esa manera, y entonces pronunció el nombre de ella.

óscar enamorado

Y así ahora todas las semanas salían al cine o a las tiendas. Conversaban. Se enteró de que su ex novio, Manny, le daba un pescozón de vez en cuando, lo que constituía un problema, según confesó, porque la verdad era que a ella le gustaba cuando los tipos eran un poco agresivos en la cama. Se enteró de que su padre había muerto en un accidente de tránsito cuando era niña en Macorís y que su padrastro la trataba con indiferencia, pero eso no importaba porque, en cuanto se matriculara en Penn State, tenía la intención de no volver jamás a la casa. Por su parte, él le enseñó algunos de sus escritos y le contó de la vez que lo atropelló un carro y estuvo ingresado en el hospital y de cómo su tío le daba palizas cuando era niño; hasta le contó de su enamoramiento con Maritza Chacón, y ella chirrió, ¿Maritza Chacón? ¿Yo conozco ese cuero! ¡Ay, Dios, Óscar, creo que hasta mi padrastro se ha acostado con ella!

Oh, sin duda intimaron bastante, pero ¿se besaron en el carro en algún momento? ¿Le metió él las manos por debajo de la falda? ¿Le hizo cosquillas en el clítoris con los dedos?

¿Se le tiró ella encima y dijo su nombre con voz gutural? ¿Le acarició el pelo mientras que ella se lo mamaba? ¿Llegaron a rapar?

Pobre Óscar. Sin darse cuenta había caído en una de esas situaciones de solo amigos, la perdición de todo nerd. Esas relaciones eran la versión amorosa de un castigo en el cepo: te meten dentro con mucho sufrimiento garantizado, y nadie sabe qué sacas de la experiencia, aparte de amargura y angustia. Quizá un cierto conocimiento sobre ti mismo y sobre las mujeres.

Quizá.

En abril recibió los resultados de su segunda prueba para entrar en la universidad y, una semana después, se enteró de que lo habían aceptado en Rutgers New Brunswick. Qué bien, hijo, lo conseguiste, su mamá comentó, con más alivio de la cuenta. De acuerdo, entonces ya no tendré que volver a vender lápices, dijo Óscar. Te va a encantar, su hermana le prometió. Sé que sí. Nací para ser universitario. En cuanto a Ana, iba rumbo a Penn State, en el programa de honor, con beca completa. ¡Ahora mi padrastro can kiss my ass! Fue también en abril que su ex novio, Manny, regresó del ejército. Ana se lo dijo durante una de sus salidas al centro comercial Yaohan. El regreso repentino y la alegría de Ana destruyeron las esperanzas que Óscar había cultivado. ¿Regresó, preguntó Óscar, para siempre? Ana asintió. Al parecer Manny tenía problemas de nuevo, drogas, pero esta vez, Ana insistía, lo habían traicionado tres cocolos –palabra que él nunca le había oído a ella, por lo que supuso que la había aprendido de Manny. Pobre Manny, dijo ella.

Sí, pobre Manny, Óscar murmuró entre dientes.

Pobre Manny, pobre Ana, pobre Óscar. Las cosas cambiaron con rapidez. Empezando porque ya Ana no estaba en la casa a toda hora y Óscar se encontró apilando recados en su contestadora: Este es Óscar, un oso me está comiendo las piernas, llámame por favor; es Óscar, quieren un millón de dólares o me matan, llámame por favor; es Óscar, he visto caer un meteorito extraño y voy a salir a investigar. Ella siempre le contestaba, pero después de un par de días, y siempre era agradable, pero... Entonces canceló las citas tres viernes seguidos y él tuvo que darse por satisfecho con el tiempo disponible después de misa, lo que era una clara democión. Ella lo venía a recoger y se iban a Boulevard East, donde parqueaban y juntos miraban el horizonte urbano de Manhattan. No era un océano, o una cordillera; era, por lo menos para Óscar, algo mejor, e inspiraba sus mejores conversaciones. Fue durante una de esas charlas que Ana dejó caer algo: Ay, Dios, se me había olvidado lo grande que era el pene de Manny.

¿Tú crees que de verdad necesito oír eso?, le preguntó, incómodo.

Lo siento, dijo, vacilando. Pensé que podíamos hablar de cualquier cosa.

Bien, pero no sería mala idea que te guardaras las proporciones anatómicas de Manny.

Entonces, ¿no podemos hablar de cualquier cosa?

Ni se molestó en contestarle.

Con Manny y su güevo grande de regreso, Óscar volvió a soñar con la aniquilación nuclear,

en la que milagrosamente él sería el primero en enterarse del ataque y, sin perder tiempo, se robaría el carro de su tío, lo conduciría hacia los almacenes, lo repletaría de todo lo necesario (quizá en el camino le dispararía a un par de saqueadores), y después iría a buscar a Ana. ¿Y Manny?, ella se lamentaría. ¡No hay tiempo!, él insistiría, acelerando el carro, disparándole a otro par de saqueadores (ahora medio mutantes), y después la llevaría a su calurosa guarida, su nido de amor, donde Ana sucumbiría de inmediato a su genio de guerrillero y a su cuerpo, ya para entonces ectomórfico. Cuando estaba de mejor humor, dejaba que encontrara a Manny colgado de una lámpara en su apartamento, la lengua convertida en una vejiga púrpura hinchada en la boca, los pantalones colgados por los tobillos. Las noticias del ataque inminente se estarían dando por la TV y se encontraría una nota mal escrita, casi indecifrable, sobre su pecho: No pue ahuantá. Y entonces Óscar consolaría a Ana con una observación concisa: Era demasiado débil para este Nuevo Mundo tan duro.

¿Así que tiene novio?, Lola le preguntó de repente.

Sí, dijo.

Entonces debes echarte pa tras un poco.

¿La escuchó? Por supuesto que no. Estaba disponible cada vez que Ana necesitaba quejarse. Y hasta tuvo la oportunidad –¡ay, la dicha suprema!– de conocer al famoso Manny, una experiencia que le resultó casi tan divertida como que le dijeran marica en una asamblea escolar (lo que ya había sucedido, dos veces). Lo conoció frente a la casa de Ana. Era un individuo escuálido e intenso con extremidades de maratonista y ojos voraces; cuando se dieron la mano, Óscar estaba seguro de que ese negro le iba a meter un galletazo, por lo hurraño que fue. Manny era muy calvo y se afeitaba la cabeza para disimularlo, tenía un aro en cada oreja y la mirada de un buitre que ha pasado demasiado tiempo al sol y está haciendo tremendo esfuerzo para aparentar ser más joven.

Así que tú eres el amiguito de Ana, Manny dijo.

Así es, contestó Óscar con una voz tan inofensiva que después quiso que la tierra se abriera y se lo tragara por su cobardía.

Óscar es un escritor brillante, subrayó Ana, a pesar de que jamás había pedido leer algo escrito por él.

Manny resopló. ¿De qué podrías escribir tú?

Me concentro en la literatura de género más especulativa. Él sabía lo absurdo que sonaba.

La literatura de género más especulativa. Manny estaba a punto de hacerlo picadillo. Eso suena más ridículo que el carajo, ¿sabes?

Óscar sonrió, esperando que de alguna manera un terremoto demoliera todo Paterson.

Espero que no estés tratando de meterte con mi mujer, bróder.

Óscar dijo: Ja, ja. Ana se puso roja y bajó la mirada.

Qué encanto.

Con Manny de regreso, Óscar descubrió un aspecto de Ana completamente nuevo. Se veían

poco y de lo único que

hablaban ahora era de Manny y de las cosas terribles que le hacía. Manny le pegaba, Manny la pateaba, Manny la llamaba toto gordo; Manny le estaba poniendo los cuernos, ella estaba segura, con esa jevita cubana de la secundaria. Eso explica por qué no pude salir con ella en esos días: fue por Manny, Óscar bromeó, pero Ana no se rió. No podían hablar más de diez minutos seguidos sin que Manny la llamara por el bíper y ella tuviera que responder y asegurarle que no estaba con otro. Un buen día llegó a la casa de Óscar con un moretón en la cara y la blusa rasgada, y la mamá de Óscar dijo: ¡No quiero líos aquí!

¿Qué voy a hacer?, ella le preguntaba una y otra vez y Óscar siempre terminaba abrazándola con torpeza y diciéndole, Bueno, creo que si es tan malo contigo, debes dejarlo, pero ella sacudía la cabeza y decía: Sé que debo, pero no puedo. Lo amo.

Amor. Óscar sabía que debió haber desaparecido en ese mismo instante. Se engañaba a sí mismo diciéndose que solo lo mantenía allí el frío interés antropológico de ver cómo terminaba todo, pero la verdad era que no podía liberarse. Estaba total e irrevocablemente enamorado de Ana. Lo que había sentido antes por aquellas muchachas a las que en realidad nunca había conocido no era nada comparado con el amor que llevaba en el corazón por Ana. Tenía la densidad de una fokin estrella enana y a veces estaba cien por ciento seguro que lo volvería loco de verdad. Lo único que podía comparársele era lo que sentía por sus libros; solo la combinación de todo lo que había leído y todo lo que aspiraba a escribir podía acercarse a ese amor.

Toda familia dominicana tiene historias de amores locos, de quienes llevan el amor a extremos, y la familia de Óscar no era una excepción.

Su abuelo, el difunto, había sido inflexible con una cosa u otra (nadie nunca había dicho exactamente con qué) y terminó en la cárcel, primero loco, después muerto; su abuela Nena Inca había perdido a su marido a los seis meses de casada. Se había ahogado en Semana Santa y ella nunca se había vuelto a casar, jamás había tocado a otro hombre. Estaremos juntos muy pronto, Óscar le había oído decir.

Tu mamá, su tía Rubelka le había susurrado alguna vez, era una loca con el amor. Por poco la mata.

Y ahora parecía que era el turno de Óscar. Bienvenido a la familia, su hermana le dijo en un sueño, la verdadera familia.

Era obvio lo que sucedía, pero ¿qué podía hacer? No había manera de negar lo que sentía. ¿Perdió el sueño? Sí. ¿Perdió horas importantes de concentración? Sí. ¿Dejó de leer los libros de André Norton e incluso perdió interés en los últimos números de Watchmen, que se desarrollaban de modo tan enfermizo? Sí. ¿Comenzó a pedir prestado el carro de su tío para dar largos paseos por la orilla del mar, parqueándose en Sandy Hook, donde su mamá los había llevado antes de ponerse mala, antes de que Óscar hubiera engordado tanto, antes de que ella dejara para siempre de ir a la playa? Sí. ¿Su amor joven y no correspondido lo hizo bajar de peso? Es de lamentar que eso fuera lo único que no ocurriera y que lo mataran

si entendía por qué. Cuando Lola se peleó con el aspirante a los Guantes de Oro había bajado casi veinte libras. ¿Qué tipo de discriminación genética era esa? ¿Impuesta por qué coño de Dios?

Entonces comenzaron a suceder cosas milagrosas. Una vez se desmayó mientras cruzaba una intersección y despertó rodeado por un equipo de rugby. En otra ocasión, Miggs lo estaba jodiendo, hablando mierda de sus aspiraciones de escribir guiones para juegos de rol –para ser sincero, esta es una historia complicada, pues la compañía para la que Óscar aspiraba a trabajar, Fantasy Games Unlimited, que había estado considerando uno de sus módulos para PsiWorld, cerró, poniendo fin a todas sus esperanzas y sueños de llegar a ser el próximo Gary Gygax. Bueno, dijo Miggs, parece que esa vaina no dio resultado. Y por primera vez en todos sus años de amistad, Óscar se encabronó y, sin decir una palabra, le metió a Miggs un piñazo tan salvaje en la boca que escupió sangre. ¡Ofrézcome!, Al gritó. ¡Cálmate! ¡No lo hice a propósito! Óscar dijo de modo poco convincente. Fue un accidente. Hijoeputa, dijo Miggs, ¡hijoeputa! La situación llegó a tal extremo que una noche, al borde de la desesperación, después de escuchar a Ana sollozando en el teléfono por culpa de la mierda más reciente que le había hecho Manny, le dijo: Tengo que ir a la iglesia, y entonces colgó, fue al cuarto de su tío (Rudolfo andaba en un bar de mujeres desnudas) y le robó su antigua Virginia Dragoon, la oh tan famosa pistola de primera, la exterminadora Colt .44, más pesada que la mala suerte y dos veces más fea. Se metió el impresionante cañón en los pantalones y se plantó casi la noche entera frente al edificio de Manny. Trabó gran amistad con el revestimiento de aluminio. Vamos, hijoeputa, decía tranquilamente. Te he conseguido cita con una de once años nama. Le importaba bien poco la probabilidad de ir a la cárcel de por vida, o que a los negros como él los violaran por el culo y la boca en el presidio, o que si la policía lo detenía y le encontraba la pistola, zumbáran al tío directo para la prisión de nuevo por infringir los requisitos de su libertad condicional. Esa noche nada le importaba. Su cabeza era un cero, un perfecto vacío. Vio todo su futuro de escritor desaparecer ante sus ojos; de todos modos, solo había escrito una novela que valía la pena, sobre un hunger spirit australiano que se alimenta de un grupo de amigos pueblerinos; no tendría la oportunidad de escribir nada mejor; su carrera terminaría antes de empezar. Afortunadamente para el futuro de las letras americanas, Manny no regresó a casa esa noche.

Era difícil de explicar. No era solo que creyera que Ana era su último fokin chance de ser feliz –eso lo tenía claro–, era también que jamás en todos sus desgraciados dieciocho años de vida había experimentado algo como lo que sentía cuando estaba cerca de esa muchacha. He esperado una infinidad para enamorarme, le escribió a su hermana. No sabes cuántas veces pensé que esto nunca me iba a suceder. (Cuando en Robotech Macross, el anime que había ocupado el segundo lugar en su preferencia toda la vida, Rich Hunter al fin se enganchó con Lisa, se desmoronó delante de la TV y lloró. No me digas que mataron al presidente, dijo su tío desde la habitación de atrás, donde inhalaba lo-que-tú-ya-sabes). En

lo que a Ana respecta es como si me hubiera tragado un pedazo de cielo, le escribió a su hermana en una carta. No puedes imaginarte cómo me siento.

Dos días después, se rajó y le contó a su hermana lo de la pistola, y a ella, que había regresado a casa unos días para lavar la ropa, casi le da un infarto. Hizo que se arrodillara con ella ante el altar que había construido en honor al abuelo difunto y lo obligó a jurar por el alma de su madre que nunca haría algo así en todo lo que le quedaba de vida mortal. Hasta lloró, de preocupada que estaba por él.

Necesitas parar esto, Míster.

Lo sé, dijo. Pero estoy perdido, ¿no ves?

Esa noche los dos se quedaron dormidos en el sofá, ella primero. Lola acababa de romper con su novio, como por décima vez, pero hasta Óscar, en la condición que se encontraba, sabía que volverían en cuestión de horas. En algún momento antes del amanecer, soñó con todas las novias que nunca tuvo, fila tras fila tras fila tras fila, como los cuerpos adicionales que tenían los Miraclepeople en el comic Miracleman de Alan Moore. Tú puedes, le decían.

Se despertó, frío, con la garganta seca.

Se vieron en el centro comercial japonés, Yaohan, en Edgewater Road; lo había descubierto un día en uno de sus largos paseos en carro cuando estaba aburrido. Consideraba el centro parte del paisaje de su historia con Ana, algo que les contarían a sus hijos. De hecho, era donde compraba los vídeos de anime y modelos de meca. Ordenó katsu de pollo al curry para los dos y después se sentaron en la cafetería grande con la vista de Manhattan, los únicos gaijin en todo el lugar.

Tienes pechos hermosos, empezó.

Confusión, alarma. ¿Óscar, qué te pasa?

Él miró hacia fuera a través del cristal, hacia la costa occidental de Manhattan, su vista fija como si fuera un tipo verdaderamente profundo. Entonces se lo contó todo.

No hubo sorpresas. Sus ojos lo miraron con ternura; ella puso la mano sobre la de él; su silla arañó el piso cuando se acercó; había un hilito amarillo entre sus dientes. Óscar, ella dijo amablemente, tengo novio.

Lo llevó a la casa; él le dio las gracias por su tiempo. Entró y fue directo para la cama.

En junio se graduó de Don Bosco. Había que verlos en la graduación: su mamá ya comenzaba a verse flaca (el cáncer pronto empezaría a comérsela), Rudolfo estaba volado y solamente Lola estaba en su apogeo, radiante y feliz. Lo lograste, Míster, lo lograste. Oyó de pasada que entre todos los graduados de su barrio en Paterson, solo él y Olga –la pobre, desgraciada Olga– no habían ido ni siquiera a un solo baile de fin de curso. Bróder, Miggs bromeó, quizá debías haberla invitado.

En septiembre se fue a Rutgers New Brunswick. Su mamá le dio cien dólares y su primer beso en cinco años, su tío le regaló una caja de condones: Úsalos todos, le dijo, y luego agregó: Con hembras. Sintió una euforia inicial al encontrarse solo en la universidad, libre

de todo, por entero independiente y con la esperanza de que aquí, entre millares de jóvenes, encontraría a alguien como él. Pero no sucedió así. Los blancos miraban su piel negra y su afro y lo trataban con jovialidad inhumana. Los muchachos de color, cuando lo oían hablar o lo veían moverse, sacudían la cabeza. Tú no eres dominicano. Y él contestaba, una y otra vez, Claro que sí lo soy. Soy dominicano. Dominicano soy. Después de una serie de fiestas en las que solo logró que lo amenazaran los blanquitos borrachos, y después de docenas de clases en donde ni una sola muchacha lo había mirado, sintió que su optimismo se desvanecía y sin darse cuenta cayó en la versión universitaria de su vida en la secundaria: nadie con quien rapar. Sus momentos más felices fueron los que tenían que ver con la literatura de

género, como el estreno de Akira (1988). No en balde andaba tan depre. Almorzaba con su hermana un par de veces a la semana en la cafetería del dormitorio Douglass; ella era muy popular en la escuela y conocía a casi todos los que tuvieran algo de pigmento en la piel, participaba en todas las manifestaciones y todas las marchas, pero nada de eso contribuía a mejorar su situación. Cuando se veían, ella le daba consejos y él asentía calladito, pero después se sentaba en la parada de la guagua, miraba a las jevitas bonitas de Douglass y se preguntaba en qué se había equivocado en la vida. Quería echarle la culpa a los libros, a la ciencia ficción, pero no podía, los quería demasiado. Aunque juró, a principios de su carrera universitaria, que iba a cambiar sus maneras nerdosas, siguió comiendo, continuó sin hacer ejercicio, repetía palabras altisonantes que nadie entendía, y después de un par de semestres sin más amigos que su hermana, por fin se alistó en la organización residente de nerds de la universidad, los RU Gamers, que se reunía en las aulas del sótano de Frelinghuysen y se jactaba de su membresía exclusivamente masculina. Había pensado que la universidad sería mejor, sobre todo en lo tocante a las muchachas, pero en esos primeros años no fue así.

Título original: The Brief Wondrous Life of Oscar Wao

© 2007, Junot Díaz

© 2008, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2008, Achy Obejas, por la traducción

Ilustración de la cubierta: Bill Bragg

Diseño de la cubierta: Faber & Faber / Gavin Morris

Adaptación de la cubierta: Departamento de diseño de Random House Mondadori / Luz de la Mora